

CHLOE BENJAMIN

LOS INMORTALES

Traducción de Mariana Hernández

 Planeta Internacional

Diseño e ilustración de portada: Sandra Chiu
Imágenes de portada: © Shutterstock / zhuda, TairA, Nataliva, Denis Kovin, aarrows,
Africa Studi
Fotografía de la autora: ©Nathan Jandl

Título original: *The Immortalists*

© 2018, Chloe Benjamin
Derechos mundiales reservados para Chloe Benjamin c/o William Morris Endeavor Entertainment, LLC.

Traducción: Mariana Hernández Cruz

Derechos reservados

© 2018, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial PLANETA M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111, Piso 2
Colonia Polanco V Sección
Delegación Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición en formato epub en México: abril de 2018
ISBN: 978-607-07-4808-0

Primera edición impresa en México: abril de 2018
ISBN: 978-607-07-4812-7

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litografía Ingramex, S.A. de C.V.
Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México
Impreso y hecho en México - *Printed and made in Mexico*

Para mi abuela, Lee Krug

PRÓLOGO

La mujer de la calle Hester

1969

Varya

Varya tiene 13 años.

Son nuevos para ella siete centímetros más de estatura y los vellos oscuros entre sus piernas. Sus pechos son del tamaño de una palma; sus pezones, monedas rosas. Tiene el cabello largo hasta la cintura y color castaño medio, ni el negro de su hermano Daniel ni los rizos limón amarillo de Simon; tampoco tiene el brillo de bronce de Klara. En las mañanas, se lo peina en dos trenzas francesas; le gusta cómo le rozan la cintura, como colas de caballo. Su pequeña nariz no es la de nadie, o eso piensa ella. Para sus veinte años, habrá crecido hasta llegar a su plena majestad de halcón: la nariz de su madre. Pero aún no.

Los cuatro juntos corren como el viento por el vecindario: Varya, la mayor; Daniel, de once; Klara, de nueve, y Simon, de siete. Daniel es el guía, los lleva por Clinton hasta Delancey, dobla a la izquierda en Forsyth. Rodean el parque Sara D. Roosevelt bajo la sombra de los árboles. De noche, el parque se vuelve tumultuoso, pero este martes por la mañana sólo hay unos cuantos grupos de jóvenes con las mejillas pegadas al pasto que duermen el cansancio de las protestas del fin de semana.

En Hester, los hermanos se vuelven silenciosos. Tienen que pasar enfrente de Gold's Sastrería y Costura, que es de su padre. Aunque es improbable que los vea —Saul trabaja con total con-

centración, como si en lugar de coser el dobladillo de un pantalón de hombre se tratara del tejido del universo—, no deja de ser una amenaza para la magia de este húmedo día de julio y su precario y tambaleante objetivo, lo que vinieron a buscar a la calle Hester.

Aunque Simon es el más chico, es rápido. Lleva unos *shorts* de mezclilla herencia de Daniel, que a Daniel le quedaban a la misma edad, pero que a él se le escurren por su fina cintura. En una mano lleva una bolsa de cordel hecha con una tela de estampado chino; adentro crujen unos billetes de dólar y tintinea la música metálica de monedas.

—¿Dónde está ese lugar? —pregunta.

—Creo que es aquí —responde Daniel.

Alzan la vista hacia el viejo edificio, al zigzag de las escaleras de incendios y las oscuras ventanas rectangulares del quinto piso, donde se dice que vive la persona que vinieron a ver.

—¿Cómo entramos? —pregunta Varya.

Sorprendentemente se parece al edificio donde viven, con excepción de que es color crema en vez de café y tiene cinco pisos en lugar de siete.

—Supongo que tocando el timbre —dice Daniel—. El timbre del quinto piso.

—Sí —responde Klara—, pero ¿cuál número?

Daniel saca un recibo arrugado de su bolsillo trasero. Cuando alza la vista, tiene la cara rosa.

—No estoy seguro.

—¡Daniel! —Varya se recarga contra el muro del edificio y se cubre los ojos con la mano. Hay casi treinta y dos grados, calor suficiente para que le dé comezón en el cuero cabelludo y para que la falda se le pegue a los muslos.

—Esperen —dice Daniel—. Déjenme pensar un segundo.

Simon se sienta sobre el asfalto; la bolsa de cordel se abomba entre sus piernas como una medusa. Klara saca un pedazo de un dulce chicloso de la bolsa; antes de que pueda desenvolverlo, la

puerta del edificio se abre y sale un hombre joven. Lleva lentes de cristales morados y camisa de cachemir sin abotonar.

Hace un gesto hacia los Gold con la cabeza.

—¿Van a entrar?

—Sí —responde Daniel levantándose mientras los demás lo siguen; entra y le agradece al hombre de los lentes morados antes de que la puerta se cierre. Daniel: el líder temerario y medio torpe que tuvo la idea.

La semana anterior había oído la conversación de dos chicos mientras esperaba en la fila del chino kosher de Shmulke Bernstein, donde quería comprar una de las tartas de flan de huevo tibio que le encanta comer incluso cuando hace calor. La fila era larga; los ventiladores giraban a toda velocidad, así que tuvo que inclinarse para escuchar lo que los chicos decían sobre la mujer que residía temporalmente en el piso más alto del edificio de la calle Hester.

Mientras caminaba de regreso al número 72 de Clinton, a Daniel le dio un vuelco el corazón. En la habitación, Klara y Simon jugaban serpientes y escaleras en el suelo, mientras Varya leía un libro en la litera de arriba. Zoya, la gata blanca con negro, estaba acostada sobre el radiador en un cuadro de sol.

Daniel les explicó su plan.

—No entiendo —Varya subió un pie sucio al techo—. ¿Qué es exactamente lo que *hace* esta mujer?

—Ya les dije —Daniel estaba ansioso, impaciente—. Tiene poderes.

—¿Como cuáles? —preguntó Klara, moviendo su ficha en el juego. Se había pasado la primera parte del verano aprendiendo el truco de la carta y la liga de Houdini, con poco éxito.

—Lo que oí es que puede predecir el futuro —dijo Daniel—. Lo que va a pasar en tu vida, si vas a tener una buena o una mala.

Y algo más —Se apoyó en el marco de la puerta para inclinarse hacia delante—: puede decir cuándo morirás.

Klara alzó la vista.

—¿Qué ridiculez! —dijo Varya—. Nadie puede saber eso.

—¿Y si pudiera? —preguntó Daniel.

—Entonces yo no querría saber.

—¿Por qué no?

—Porque no —Varya dejó el libro y se sentó para columpiar las piernas por el costado de la litera—. ¿Y si son malas noticias? ¿Y si te dice que te vas a morir antes de que seas adulto?

—Entonces sería mejor saber —dijo Daniel—. Para que puedas hacer todo antes.

Hubo un segundo de silencio. Después Simon empezó a reírse, y su cuerpo de ave se estremeció. El color de la cara de Daniel se hizo más profundo.

—Es en serio —dijo—. Yo voy a ir. No puedo soportar estar un día más en este departamento. Me niego. ¿Quién diablos viene conmigo?

Quizá nada habría pasado si no hubieran estado a la mitad del verano, con un mes y medio de aburrimiento húmedo a cuestas y un mes y medio por delante. No hay aire acondicionado en el departamento, y ese año —el verano de 1969— parece que a todo el mundo le está pasando algo menos a ellos. Hay gente drogándose en Woodstock, cantando «Pinball Wizard» y viendo *Midnight Cowboy*, que no se le permite aún a ninguno de los niños Gold. Están protestando afuera de Stonewall, embistiendo las puertas con parquímetros arrancados, destrozando ventanas y rocolas. Los están asesinando de las maneras más espantosas posibles, con explosivos químicos y armas que pueden disparar quinientas cincuenta balas seguidas, mientras transmiten sus caras con horrible inmediatez hasta la televisión de la cocina de los Gold.

—Están caminando en la puta *luna* —dijo Daniel, que empezó a usar ese tipo de lenguaje, pero sólo a una distancia prudente de

su madre. James Earl Ray está sentenciado y también Sirhan Sirhan, y todo mientras los Gold juegan cartas y dardos o rescatan a Zoya de un tubo abierto que hay detrás del horno, que al parecer la gata ha adoptado como su hogar legítimo.

Sin embargo, algo más creó la atmósfera obligada para este peregrinaje: este verano, son hermanos de una manera como nunca más lo volverán a ser. Al año siguiente, Varya irá a las montañas Catskill con su amiga Aviva. Daniel estará inmerso en los rituales privados de los chicos del vecindario, y dejará a Klara y a Simon a su suerte. Sin embargo, en 1969 todavía son una unidad, ayuntados como si no pudiera ser de otra manera.

—Yo voy —dijo Klara.

—Yo también —dijo Simon.

—¿Y cómo sacamos una cita con ella? —preguntó Varya, que a los trece años ya sabía que nada era gratis—. ¿Cuánto cobra?

Daniel frunció el ceño.

—Lo voy a investigar.

De modo que así fue como empezó: como un secreto, un reto, una escalera para incendios que usaban para escapar de la mole de su madre, que cada vez que los encontraba holgazaneando en el cuarto de las literas les pedía que colgaran la ropa lavada o que sacaran a la maldita gata del tubo de la estufa. Los niños Gold preguntaron por ahí: el dueño de una tienda de magia en el Barrio Chino había oído de la mujer de la calle Hester. Le dijo a Klara que era una nómada que viajaba por todo el país haciendo su trabajo. Antes de que Klara se fuera, el propietario alzó un dedo, desapareció por un pasillo trasero y regresó con un libro grande y cuadrado titulado *El libro de la adivinación*. En la portada tenía doce ojos abiertos rodeados de símbolos. Klara pagó sesenta y cinco centavos y lo abrazó de camino a casa.

Algunos de los demás residentes del número 72 de la calle Clinton también sabían de la mujer. La señora Blumenstein la había

conocido en los años cincuenta en una fiesta fabulosa, según le contó a Simon. Dejó salir a su schnauzer al pórtico, donde Simon estaba sentado, y el perro hizo enseguida una bolita de mierda de la que la señora Blumenstein no se ocupó.

—Me leyó la mano. Dijo que tendría una vida muy larga —recordó la señora Blumenstein inclinándose hacia adelante para hacer énfasis. Simon contuvo la respiración: el aliento de la señora olía rancio, como si exhalara el mismo aire de noventa años que había inhalado de bebé—. ¿Y sabes qué, querido? Tenía razón.

La familia hindú del sexto piso llamó a la mujer una *rishika*, una vidente. Varya envolvió en aluminio un pedazo del *kugel* de Gertie y se lo llevó a Ruby Singh, su compañera de clases en la escuela pública 42, a cambio de un plato de pollo a la mantequilla con especias. Comieron en la escalera para incendios mientras se ponía el sol, balanceando las piernas desnudas bajo la rejilla.

Ruby sabía todo sobre la mujer.

—Hace dos años, tenía once y mi abuela estaba enferma. El primer doctor dijo que era su corazón y que se iba a morir en tres meses. Pero el segundo doctor nos dijo que estaba lo suficientemente fuerte para recuperarse, y pensaba que podía vivir dos años más.

Debajo de ellas, un taxi pasó chirriando por Rivington. Ruby volteó para ver con los párpados entrecerrados el East River, verde y marrón de lodo y aguas negras.

—Un hindú se muere en su casa —continuó—. Tienen que estar rodeados de su familia. Hasta los parientes de papá en India querían venir, pero ¿qué podíamos decirles? ¿Quédense dos años? Después mi papá oyó de la *rishika*. Fue a verla y ella le dio una fecha: la fecha en que mi *dadi* moriría. Pusimos la cama de mi *dadi* en la habitación principal, con su cabeza hacia el este. Encendimos una lámpara y la vigilamos, rezando y cantando himnos. Los hermanos de mi papá volaron desde Chandigarh. Yo me senté en el suelo con mis primos; éramos veinte, quizá más. Cuando mi *dadi*

murió el 16 de mayo, justo cuando la *rishika* había dicho, todos lloramos de alivio.

—¿No estaban enojados?

—¿Por qué íbamos a estar enojados?

—Porque la mujer no salvó a tu abuela —dijo Varya—. Porque no la ayudó a mejorar.

—La *rishika* nos dio una oportunidad para despedirnos. Nunca le podríamos pagar lo que hizo por nosotros. —Ruby comió el último bocado de *kugel* y dobló el aluminio a la mitad—. De cualquier modo, no habría podido mejorar a mi *dadi*. La *rishika* sabe cosas, pero no puede detenerlas. No es Dios.

—¿Dónde está ahora? —preguntó Varya—. Daniel oyó que se está quedando en un edificio de la calle Hester, pero no sabe en cuál.

—Yo tampoco sé. Se queda en un lugar diferente cada vez, por su seguridad.

Dentro del departamento de los Singh hubo un ruido agudo de un golpe y el sonido de alguien gritando en hindi.

Ruby se levantó, sacudiéndose las migajas de la falda.

—¿Cómo que por su seguridad? —preguntó Varya, levantándose también.

—Siempre hay gente que va detrás de una mujer como ella —dijo Ruby—. Que sabe lo que ella sabe.

—¡Rubina! —llamó la madre de Ruby.

—Me tengo que ir. —Ruby entró por la ventana y la cerró detrás de ella, dejando que Varya bajara por la escalera para incendios hasta el cuarto piso.

Varya estaba sorprendida de que el rumor sobre la mujer se hubiera extendido tan lejos, pero no todos habían oído de ella. Cuando les mencionó a la vidente a los hombres de brazos tatuados con números que trabajaban en el mostrador de Katz's, la miraron con recelo.

—Niños —dijo uno—, ¿por qué querrían involucrarse en algo así?

Su voz era tensa, como si Varya lo hubiera insultado personalmente. Varya se fue con su sándwich, aturdida, y no volvió a mencionar el tema.

Al final, los mismos chicos que Daniel había escuchado originalmente fueron los que le dieron la dirección de la mujer. Los vio ese fin de semana en el camino peatonal del puente de Williamsburg, fumando mota inclinados contra el barandal. Eran mayores que él, a lo mejor tenían catorce, y Daniel se obligó a confesar que los había escuchado antes de preguntarles si sabían algo más.

No pareció que los chicos se molestaran. Enseguida le ofrecieron el número del edificio donde se decía que la mujer se estaba quedando, pero no sabían cómo hacer una cita. Le dijeron a Daniel que el rumor era que había que llevar una ofrenda. Algunos decían que era dinero, pero otros alegaban que la mujer ya tenía todo el dinero que necesitaba y que uno debía ser creativo. Un chico llevó una ardilla ensangrentada que encontró a un lado de la calle, la recogió con unas varas y la entregó en una bolsa de plástico amarrada. Sin embargo, Varya alegó que nadie iba a querer algo así, ni siquiera una adivina, así que al final juntaron sus ahorros en la bolsa de cordel con la esperanza de que fuera suficiente.

Cuando Klara no estaba en casa, Varya sacaba *El libro de la adivinación* de abajo de la cama de su hermana. Se acostaba sobre su panza para sentir la vibración de las palabras: *haruspicia* (con los hígados de animales sacrificados), *ceromanancia* (con los patrones de la cera), *rabdomancia* (con varas). En los días frescos, la brisa que entraba por la ventana arrugaba los árboles familiares y las viejas fotos que había pegado en la pared al lado de su cama. Por medio de estos documentos seguía el rastro misterioso y subterráneo de la herencia de rasgos: genes que aparecen y desaparecen y vuelven a aparecer, las piernas larguiruchas de su abuelo Lev, que se saltaron a Saul y resurgieron en Daniel.

Lev llegó a Nueva York en un barco de vapor con su padre, un comerciante de telas, después de que asesinaran a su madre en los pogromos de 1905. En la isla Ellis les hicieron pruebas de enfermedades y los interrogaron en inglés mientras miraban fijamente el puño de la mujer de hierro que los observaba, imperturbable, desde el océano que acababan de cruzar. El padre de Lev reparaba máquinas de coser; Lev trabajaba en una fábrica de ropa que dirigía un judío alemán que le permitía cumplir con el *sabbat*. Luego se convirtió en asistente directivo, después en director. En 1930 abrió su propio negocio, Gold's Sastrería y Costura, en un sótano de la calle Hester.

A Varya le pusieron el nombre de la madre de su padre, que había trabajado como contable de Lev hasta el retiro de ambos. Sabe menos de sus abuelos maternos —sólo que su abuela se llamaba Klara, como su hermana menor, y que llegó de Hungría en 1913. Sin embargo había muerto cuando la madre de Varya, Gertie, tenía sólo seis años, y Gertie raras veces habla de ella. Una vez, Klara y Varya entraron a hurtadillas en la habitación de Gertie y buscaron el rastro de sus abuelos. Como perros, olisquearon el misterio que rodeaba a este par, el olor de la intriga y de la vergüenza, y llegaron olfateando hasta la cómoda donde Gertie guardaba su ropa interior. En el cajón superior encontraron una cajita de madera lacada con bisagras doradas. Adentro había un montón amarillento de fotografías que mostraban a una mujer pequeña y de aspecto malicioso, con cabello negro corto y los ojos muy delineados. En la primera foto, estaba parada con un leotardo de falda y con la cadera tirada hacia un costado, sosteniendo una vara sobre la cabeza. En otra montaba un caballo, inclinada hacia atrás para mostrar el abdomen. En la foto que más les gustaba a Varya y a Klara, la mujer estaba suspendida en el aire, colgando de una cuerda que sostenía con los dientes.

Dos cosas les dijeron que esta mujer era su abuela. La primera era una foto vieja y arrugada, manchada de grasa de huellas digita-

les, en la que esa misma mujer estaba de pie con un hombre alto y una niña pequeña. Varya y Klara sabían que la niña era su madre, incluso con el reducido tamaño de la imagen: sostenía las manos de sus padres con sus puños pequeños y gordos, y tenía la cara contraída en una expresión de consternación que Gertie aún hacía.

Klara reclamó la propiedad de la caja y su contenido.

—Me pertenece —dijo—. Yo llevo su nombre. Ma nunca la ve, de cualquier manera.

Sin embargo, pronto descubrieron que no era verdad. La mañana después de que Klara hubiera metido en secreto la caja lacada a su habitación, poniéndola bajo la litera inferior, les llegó un graznido de la habitación de sus padres, seguido por acaloradas preguntas de Gertie y la negación amortiguada de Saul. Momentos después, Gertie irrumpió en la habitación de las literas.

—¿Quién la agarró? —gritó—. ¿Quién?

Tenía las fosas nasales abiertas y sus amplias caderas bloqueaban la luz que usualmente se derramaba desde el pasillo. Klara se acaloró por el miedo y casi se puso a llorar. Cuando Saul se fue a trabajar y Gertie entró a la cocina, Klara volvió a escabullirse en la habitación de sus padres y dejó la caja exactamente donde la había encontrado. Sin embargo, Varya sabía que Klara regresaba a ver las fotos y a la pequeña mujer en ellas cuando el departamento estaba vacío. Miraba la intensidad de la mujer, su *glamour*, y juraba que iba a hacer honor a su nombre.

—No mires así alrededor —dice Daniel entre dientes—. Actúa como si tuvieras derecho a estar aquí.

Los Gold suben rápidamente las escaleras. Las paredes están cubiertas de una pintura crema descascarada y los pasillos están a oscuras. Cuando llegan al quinto piso, Daniel hace una pausa.

—¿Qué sugieres que hagamos ahora? —murmura Varya. Le gusta cuando Daniel se queda atorado.

—Esperamos a que alguien salga —dice Daniel.

Sin embargo, Varya no quiere esperar. Está nerviosa, llena de un miedo inesperado, y empieza a caminar a solas por el pasillo.

Pensaba que la magia podía detectarse, pero las puertas de este piso se ven todas exactamente iguales, con los picaportes y los números de latón arañados. El cuatro del número 54 está ladeado. Cuando Varya camina hacia la puerta, escucha el sonido de una televisión o un radio: un juego de beisbol. Suponiendo que una *rishika* no se interesaría por el beisbol, vuelve a alejarse.

Sus hermanos se separan. Daniel está parado cerca de la escalera con las manos en los bolsillos, observando las puertas. Simon se une a Varya junto al número 54, se para de puntitas y vuelve a poner el cuatro en su lugar con el dedo índice. Klara ha estado caminando en la dirección opuesta, pero ahora viene a pararse junto a ellos. La sigue la esencia de la Breck Gold Formula, un producto que Klara compró con sus ahorros; el resto de la familia usa Prell, que viene en un tubo de plástico como la pasta de dientes y escupe una jalea del color de las algas. Aunque Varya se burla externamente —*ella* nunca gastaría tanto en un *shampoo*—, siente envidia de Klara, que huele a romero y naranjas, y que ahora levanta una mano para tocar una puerta.

—¿Qué haces? —murmura Daniel—. Podría ser cualquiera. Podría ser...

—¿Hola?

La voz que sale del otro lado de la puerta es baja y ronca.

—Venimos a ver a la mujer —intenta Klara.

Silencio. Varya contiene la respiración. Hay una mirilla en la puerta, más pequeña que la goma de un lápiz.

Detrás de la puerta alguien se aclara la garganta.

—Uno a la vez —dice la voz.

Varya mira a Daniel a los ojos. No se habían preparado para separarse. Sin embargo, antes de que puedan negociar, alguien abre un seguro por dentro y Klara —¿en qué está pensando?— entra.

Nadie sabe con certeza cuánto tiempo pasa Klara adentro. A Varya le parecen horas. Se sienta contra la pared con las rodillas pegadas al pecho. Está pensando en cuentos de hadas: brujas que se llevan niños, brujas que se los comen. Un árbol de pánico crece en su estómago hasta que la puerta se abre.

Varya se levanta, tambaleante, pero Daniel es más rápido. Es imposible ver adentro del departamento, aunque Varya escucha música —¿un mariachi?— y el tintineo de una olla sobre una estufa.

Antes de entrar, Daniel mira a Varya y a Simon.

—No se preocupen —dice.

Pero sí lo hacen.

—¿Dónde está Klara? —pregunta Simon una vez que Daniel se va—. ¿Por qué no salió?

—Sigue adentro —dice Varya, aunque se le ocurrió la misma pregunta—. Ahí van a estar cuando entremos, Klara y Daniel juntos. Probablemente sólo estén... esperándonos.

—Fue una mala idea —dice Simon. Sus rizos rubios están empapados de sudor. Como Varya es la más grande y Simon el más pequeño, siente que tiene que ser una madre para él, pero Simon es un enigma para ella; al parecer, sólo Klara lo entiende. Él habla menos que los demás. En la cena, se sienta con el ceño fruncido y los ojos enturbiados. Sin embargo, tiene la velocidad y la agilidad de un conejo. A veces, mientras camina a su lado hacia la sinagoga, Varya se siente sola. Sabe que Simon sólo se adelantó o se quedó atrás, pero siempre siente como si su hermano hubiera desaparecido.

Cuando la puerta vuelve a abrirse, los mismos pocos centímetros, Varya pone una mano sobre su hombro.

—Está bien, Sy. Entra tú y yo me quedo a vigilar. ¿De acuerdo?

De qué o de quién, no está segura: el pasillo está igual de vacío como cuando llegaron. De verdad Varya es tímida: a pesar de ser la

mayor, prefiere que los otros vayan primero. Sin embargo, Simon parece aliviado. Se quita un rizo de los ojos antes de dejarla.

A solas, el pánico de Varya se intensifica. Se siente separada de sus hermanos, como si estuviera en una playa viendo que sus barcos se alejan flotando. Debió impedirles venir. Para cuando la puerta se vuelve a abrir, se le ha formado un rastro de sudor sobre los labios y bajo la cintura de la falda. Sin embargo, es demasiado tarde para irse por donde vino y los otros la están esperando. Varya abre la puerta.

Se encuentra en un lugar diminuto lleno de tantas cosas que al principio no ve a ninguna persona. Hay libros amontonados en el piso como modelos de rascacielos. Los anaqueles de la cocina están llenos de periódicos en lugar de comida y hay alimentos no perecederos amontonados sobre el mostrador: galletas, cereal, sopas enlatadas, una docena de variedades brillantes de té. Hay cartas de tarot y cartas de juego, cartas astrológicas y calendarios: Varya reconoce uno en chino, otro con números romanos y un tercero que muestra las fases de la luna. Hay un póster amarillento del *I Ching*, cuyos hexagramas le recuerdan el *Libro de la adivinación* de Klara; un florero lleno de arena; gongs y platos de bronce; un manojo de laurel; una pila de varas de madera grabadas con líneas horizontales, y un plato de piedras, algunas con largos pedazos de cuerda amarrados.

Sólo un rincón junto a la puerta está vacío. Ahí hay una mesa plegable entre dos sillas plegables. A su lado, una mesa más pequeña adornada con rosas de tela roja y una Biblia abierta, en cuyo alrededor están acomodados dos pequeños elefantes de yeso junto con una veladora, una cruz de madera y tres estatuas: una de Buda, una de la Virgen María y una de Nefertiti, que Varya reconoce por un letrero pequeño escrito a mano que dice NEFERTITI.

Varya siente una pizca de culpa. En la escuela hebrea había aprendido que no debía adorar ídolos; escuchó con solemnidad al rabino Chaim leer el tratado Avodah Zarah. Sus padres no querían que estuviera aquí. Sin embargo, ¿no creó Dios a la adivina, tal como creó a los padres de Varya? En la sinagoga, Varya trata de rezar, pero Dios nunca parece responderle. Cuando menos, la *ris-hika* va a contestarle.

La mujer está parada en el fregadero, metiendo té suelto en una delicada bola de metal. Lleva un vestido de algodón amplio, sandalias de piel y un turbante azul marino; su cabello largo y castaño cuelga en dos trenzas delgadas. Aunque es alta, sus movimientos son elegantes y precisos.

—¿Dónde están mis hermanos? —la voz de Varya es ronca y se siente avergonzada por la desesperación que se percibe en ella.

Las cortinas están cerradas. La mujer toma una taza del estante superior y pone la bola de metal adentro.

—Quiero saber —dice Varya, con voz más fuerte— dónde están mis hermanos.

Una tetera silba sobre la estufa. La mujer apaga el fuego y vierte el contenido sobre la taza. El agua se derrama en una cuerda gruesa y clara, y la habitación se llena de olor a pasto.

—Afuera —responde.

—No, no están afuera. Yo estaba esperando en el pasillo y nunca salieron.

La mujer camina hacia Varya. Sus mejillas son densas, su nariz protuberante y sus labios inflados. Su piel es morena dorada, como la de Ruby Singh.

—Si no confías en mí, no puedo hacer nada —dice—. Quítate los zapatos. Después, puedes sentarte.

Varya se quita los zapatos de dos colores y los deja junto a la puerta, sintiéndose amedrentada. Quizá la mujer tenga razón; si Varya se niega a confiar en ella, este viaje habrá sido por nada junto con todo lo que arriesgaron: la mirada de su padre, el disgusto de su

madre, sus ahorros de cuatro meses. Se sienta frente a la mesa plegable. La mujer pone ante ella la taza de té. Varya piensa en tinturas y pociones, en Rip van Winkle y su sueño de veinte años. Entonces piensa en Ruby. «La *rishika* sabe cosas», dijo. «Nunca le podríamos pagar lo que hizo por nosotros». Varya alza la taza y bebe.

La *rishika* se sienta en la otra plegable. Mira los hombros rígidos de Varya, sus manos húmedas, su rostro.

—No te has sentido bien, ¿verdad, cariño?

Varya traga saliva, sorprendida, y niega con la cabeza.

—¿Has esperado sentirte mejor?

Varya se queda quieta, aunque el pulso se le acelera.

—Te preocupas —dice la mujer, asintiendo—. Tienes problemas. Tu cara sonrío, te ríes, pero en tu corazón no eres feliz; estás sola. ¿Tengo razón?

A Varya le tiembla la boca cuando asiente. Tiene el corazón tan lleno que siente que se le podría partir.

—Es una pena —dice la mujer—. Tenemos trabajo pendiente —chasquea los dedos y hace un gesto hacia la mano izquierda de Varya—. Tu palma.

Varya se acerca rápidamente al borde de la silla y le ofrece la palma a la *rishika*, cuyas manos son ligeras y frescas. La respiración de Varya es superficial. No puede recordar la última vez que un extraño la tocó; prefiere mantener una barrera, como un impermeable, entre ella y los demás. Cuando regresa de la escuela, donde los escritorios están aceitosos de huellas dactilares y el parque está contaminado por los niños del preescolar, se lava las manos hasta que se las deja casi en carne viva.

—¿De verdad puede hacerlo? ¿Sabe cuándo voy a morir? —pregunta.

Tiene miedo de lo caprichoso de la suerte: las tabletas de colores lisos que pueden expandir tu mente o ponerla de cabeza; de los hombres elegidos al azar y embarcados a la bahía de Cam Ranh y a la montaña Dong Ap Bia, entre cuyos bambús y pastos de tres me-

tros encontraron muertos a mil hombres. Tenía un compañero en la escuela pública 42, Eugene Bogopolski, cuyos tres hermanos fueron enviados a Vietnam cuando Varya y él sólo tenían nueve años. Los tres regresaron y los Bogopolski hicieron una fiesta en su departamento de la calle Broome. Al año siguiente, Eugene se echó un clavado en una alberca, se golpeó la cabeza contra el concreto y murió. La fecha de la muerte de Varya sería una cosa —quizá la más importante— que podría saber con seguridad.

La mujer observa a Varya. Sus ojos son canicas brillantes y negras.

—Puedo ayudarte —dice—. Puedo hacerte bien.

Voltea la palma de Varya, viendo primero su forma general, después los dedos romos y cuadrados. Suavemente, jala el pulgar de Varya hacia atrás; no se dobla mucho antes de resistirse. Examina el espacio entre el cuarto y el quinto dedo. Aprieta la punta del meñique de Varya.

—¿Qué busca? —pregunta Varya.

—Tu carácter. ¿Has oído hablar de Heráclito? —Varya niega con la cabeza—. Un filósofo griego. «El carácter es destino», según decía. Las dos cosas están unidas como hermanos y hermanas. ¿Quieres saber el futuro? —señala a Varya con la mano libre—. Mira en el espejo.

—¿Y si cambio? —parece imposible que el futuro de Varya ya esté dentro de ella, como una actriz fuera del escenario que espera décadas a que suba el telón.

—Entonces serías especial. Porque la mayoría de la gente no cambia.

La *rishika* voltea la mano de Varya y la pone sobre la mesa.

—21 de enero de 2044. —Su voz es tajante, como si diera la temperatura o el ganador de un juego de pelota—. Tienes mucho tiempo.

Por un momento, el corazón de Varya se suelta y se eleva. En 2044 tendrá ochenta y ocho años, una edad perfectamente decente para morirse. Después hace una pausa.

—¿Cómo lo sabe?

—¿No te dije que tenías que confiar en mí? —la *rishika* alza una ceja poblada y frunce el ceño—. Ahora quiero que vayas a casa y pienses en lo que te dije. Si lo haces, te vas a sentir mejor. Pero no le digas a nadie, ¿de acuerdo? Lo que muestra tu mano, lo que te dije, es entre tú y yo.

La mujer mira fijamente a Varya y ella le devuelve la mirada. Ahora que Varya es quien evalúa y no la persona evaluada, ocurre algo curioso. Los ojos de la mujer pierden su brillo, sus movimientos la elegancia. La fortuna que se le ha leído a Varya es demasiado buena, lo que se vuelve prueba de lo fraudulento de la vidente: probablemente le hace la misma predicción a todos. Varya piensa en el mago de Oz. Como él, esta mujer no es maga ni vidente. Es una embaucadora, una estafadora. Varya se para.

—Le ha de haber pagado mi hermano —dice poniéndose los zapatos.

La mujer también se levanta. Camina hacia la que Varya pensaba que era la puerta de un clóset —un brasier cuelga de la manija, con copas tan grandes como las redes que Varya usa para atrapar mariposas monarca en el verano— pero no, es una salida. La mujer abre la puerta y Varya ve un pedazo de un muro de ladrillos rojos, una porción de escalera para incendios. Cuando escucha las voces de sus hermanos que suben desde abajo, su corazón se vuelve más ligero.

Sin embargo, la *rishika* se para frente a ella como una barrera. Pellizca el brazo de Varya.

—Todo va a salir bien para ti, corazón —hay algo amenazante en su tono, como si fuera urgente que Varya la escuchara, urgente que le creyera—. Todo va a salir bien.

Entre los dedos de la mujer, la piel de Varya se pone blanca.

—Suélteme —dice.

Le sorprende la frialdad de su voz. En la cara de la mujer se endurece el gesto. Suelta a Varya y se hace a un lado.

Varya resuena por la escalera de incendios mientras baja con sus zapatos de dos colores. Una brisa le acaricia los brazos y le enchina el ligero vello de un castaño suave que empezó a aparecer en sus piernas. Cuando llega al callejón, ve que las mejillas de Klara están mojadas de agua salada, su nariz tiene un color rosa brillante.

—¿Qué pasa?

Klara voltea.

—¿Tú qué crees?

—Ah, pero no puedes creer de verdad... —Varya mira a Daniel para que la ayude, pero parece de piedra—. Lo que sea que te haya dicho, no significa nada. Lo inventó, ¿verdad, Daniel?

—Sí —Daniel se da vuelta y empieza a caminar hacia la calle—. Vámonos.

Klara jala a Simon de un brazo. Todavía lleva la bolsa de cordel llena con lo que trajeron.

—Se suponía que le tenías que pagar —dice Varya.

—Se me olvidó —dice Simon.

—No se merece nuestro dinero. —Daniel se para en la acera con las manos sobre la cadera—. ¡Vámonos!

De camino a casa, están silenciosos. Varya nunca se ha sentido más lejana a los otros. En la cena apenas prueba su carne, pero Simon no come para nada.

—¿Qué pasa, cariño mío? —pregunta Gertie.

—No tengo hambre.

—¿Por qué no?

Simon se encoge de hombros. Sus rizos rubios se ven blancos bajo la luz del techo.

—Cómete la comida que preparó tu madre —dice Saul.

Pero Simon se niega. Se sienta sobre las manos.

—¿Qué pasa, cielo? —pregunta Gertie alzando una ceja—. ¿No es lo suficientemente buena para ti?

—Déjenlo en paz —Klara se acerca para agitar el cabello de Simon, pero él se hace a un lado y empuja su silla hacia atrás con un chirrido.

—¡Los odio! —grita, levantándose—. ¡Los odio! ¡A todos!

—Simon —dice Saul, levantándose también. Todavía viste el traje que llevó al trabajo. Su cabello es cada vez más fino y claro que el de Gertie, de un extraño rubio cobrizo—. No le hables así a tu familia.

Es inflexible en su papel. Gertie siempre ha sido la de la disciplina. Ahora, ella sólo está boquiabierta.

—Pero es verdad —dice Simon. Hay asombro en su cara.